

## VIGENCIA Y RESIGNIFICACIÓN HISTÓRICA EN LA ENSAYÍSTICA DE MARIO BENEDETTI

**Eduardo Cabrera**  
*Millikin University*

### Resumen

Este artículo examina cuatro temas centrales que se destacan dentro de la ensayística de Mario Benedetti: 1) el papel del intelectual y su visión crítica del mismo; 2) su posición latinoamericanista y anti-imperialista; 3) su crítica al neoliberalismo; y, 4) la importancia política y social de los medios de comunicación y su crítica a la corporaciones mediáticas. Este ensayo muestra la diferenciación que hace Benedetti entre arte comprometido y arte militante, y cómo relaciona al hombre de acción con el intelectual. También se estudia la relación de América Latina con los Estados Unidos y Europa y la necesidad de que los latinoamericanos rompan la dependencia y encuentren su propio camino. Finalmente, se aborda la importancia, desde una concepción benedettiana, de no aceptar el fin de la historia ni el fin de las utopías.

*Palabras clave:* ensayística, imperialismo, neoliberalismo, ética, compromiso político, literatura comprometida, capitalismo, revolución, dependencia, intervencionismo, explotación, medios de comunicación, Mario Benedetti.

### Abstract

This article examines four central themes that stand out within Mario Benedetti's essays: 1) the role of the intellectual and his critical vision of him/her; 2) his Latin American and anti-imperialistic position; 3) his critique of neoliberalism; and 4) the political and social importance of mass media, and his critiques of corporate media. This essay shows the differentiation that Benedetti makes between committed art and militant art, and how he relates the man of action to the intellectual. I also study the relationship between Latin America and the US and Europe, and the need for Latin Americans to break dependency and find their own path. Finally, I study why it is important, from Benedetti's conception, not to accept the end of history nor the end of utopias.

*Keywords:* essays, imperialism, neoliberalism, ethics, political commitment, committed literature, capitalism, revolution, dependency, interventionism, exploitation, mass media, Mario Benedetti.

La ensayística de Mario Benedetti, producida desde la época posterior a la Revolución Cubana hasta los últimos días del escritor (2009), no sólo analiza ese largo periodo histórico poniendo énfasis en el contexto uruguayo y latinoamericano en general, sino que puede afirmarse la vigencia en la actualidad de gran parte de su conceptualización político-social.

Como ha señalado Gloria da Cunha-Ciabbai, si bien Benedetti fue un “fenómeno literario” y “globalizó” a América Latina mucho antes de que este concepto existiera en el sentido que se le da en la actualidad, el canon literario reaccionó con indiferencia (11).

No obstante, más que indiferencia, desde la perspectiva actual podemos afirmar que en algunos casos la ensayística de Benedetti no ha sido comprendida cabalmente, mientras que en otros se la ha subestimado por desconocimiento de las características intrínsecas de lo que constituye un ensayo como medio literario y comunicativo; además, su falta de valoración no deja de tener también una intencionalidad política.

Al puntualizar los aspectos de dichos ensayos que le dan una vigencia más allá del siglo XX, podrá concluirse también que Benedetti fue un adelantado a su tiempo respecto de muchas de sus ideas, hecho que ha sido demostrado con el devenir histórico de la región latinoamericana.

Es preciso empezar señalando cuáles son algunos elementos del ensayo como género que pudieran haber causado equívocos a la hora de evaluar los trabajos del autor uruguayo. Se necesita entonces especificar a qué tipo de género corresponden sus trabajos. Comencemos aclarando que, como indica María Arenas Cruz, se puede distinguir al ensayo como género argumentativo, frente a los textos puramente lógico-demostrativos, pues el estilo actúa también como vehículo de persuasión afectiva:

El ensayo es un tipo de texto en el que se argumenta algo, una teoría, una tesis, opinión o, incluso, un estado de ánimo; por ello no es necesario dividir las pruebas que en él aparecen en explícitas o demostrativas, e implícitas o subjetivas, sino que en conjunto, las pruebas del ensayo son simplemente *retórico-argumentativas* (Arenas Cruz 153-154).

Por su parte, para F. Belle-Isle la persuasión se lleva a cabo en el ensayo no sólo mediante la presentación de los hechos y la argu-

mentación lógica, sino fundamentalmente a través del juego del estilo, de la fuerza de la expresión: el ensayo prueba la legitimidad de su significado por la fuerza de su significante (Arenas Cruz 152).

Sin embargo, cabe destacar que en el caso de los ensayos del autor uruguayo, esas “pruebas” las aportará la misma realidad a posteriori. La visión del autor, su introspección, como así también el futuro que vislumbra, dan a su voz una pasión que refuerza su argumentación, siempre tomándose como parte integrada al pueblo uruguayo y latinoamericano. Como afirma Cunha-Ciabbai “el Benedetti ensayista tiene voz plural, la de *un-nosotros-pueblo*, ya que nunca se aleja de la realidad. Es la voz de la conciencia del pueblo y, como tal, es auténtico y genuino en sus meditaciones, críticas y denuncias (14). Esto también constituye un rasgo inherente al ensayo como género literario argumentativo: “El ensayista se esfuerza por articularse a sí mismo con su mundo histórico coetáneo. Articulación que revela al individuo como a la comunidad social con la cual él quiere vincularse” (Marichal 20).

Es por la misma pasión que pone Benedetti en su ensayística en defensa de la parte de la sociedad que históricamente ha estado en desventaja, lo que hace que sus pensamientos broten de forma espontánea y, a veces, en forma aparentemente inconexa. Esto también es cualidad esencial del género, pues como explica Adorno,

la discontinuidad es esencial al ensayo, su cosa es siempre un conflicto detenido. Mientras armoniza conceptos los unos con los otros o por medio de su función en el paralelogramo de fuerzas de las cosas, retrocede ante el concepto superior bajo el cual habría que subsumirlos a todos [...]. La forma del ensayo deriva de la propia evolución del pensamiento del autor, con sus circunvoluciones, digresiones, interrupciones, asociaciones inesperadas, etc. [...] El orden del texto ensayístico es espontáneo (367).

Y es precisamente ese pensamiento, que se ha formado en parte por la herencia histórica de grandes pensadores latinoamericanos, como Simón Bolívar, Andrés Bello, José Victorino Lastarria, Domingo F. Sarmiento, José Carlos Mariátegui, José Martí, José E. Rodó, etc. Pero, como bien apunta Cunha-Ciabbai, ese cambio se explica simplemente de esta manera:

Principalmente, en la perspectiva desde la cual Benedetti mira y piensa el mundo: desde abajo, posicionado en el sector medio, focalizado siempre en las vicisitudes cotidianas propias del mismo, de la cual germina el pensamiento de una nueva América Latina. De modo que la originalidad del ensayismo benedettiano consiste en la renovación del pensamiento latinoamericano. La perspectiva que él encarna en el presente y la visión del pasado que recoge asimilada, sumadas al control del destino de América Latina que el sector medio paulatinamente va logrando, bien puede sugerir que el pensamiento benedettiano anticipe la posibilidad de justicia social, el cumplimiento de los derechos humanos, la renovación del papel del intelectual, de la iglesia, de los partidos políticos, la participación política real y la educación del pueblo (14).

En suma, el estilo benedettiano enriqueció y facilitó la transmisión de sus conceptos. Además, como señala José Castro Urioste, los comentarios negativos que en su momento recibió se deben a que la crítica buscó un rigor académico y científico que el trabajo de Benedetti no pretendía poseer (82).

En este estudio pretendo analizar cuatro temas centrales que se destacan dentro de la ensayística de Mario Benedetti: 1) el papel del intelectual (categoría dentro de la cual se enfatiza el rol del escritor), y su visión crítica del mismo; 2) su posición latinoamericanista y anti-imperialista; 3) su crítica al neoliberalismo; y, 4) la importancia política y social de los medios de comunicación, y su crítica a las corporaciones mediáticas. Estos temas se interrelacionan de manera constante, y a pesar del duro e inexorable juicio crítico que hace sobre la realidad y quienes la interpretan, mantiene la esperanza de un futuro mejor y, por lo tanto, su tono se viste de optimismo.

Benedetti analiza, en varios de sus ensayos, el papel y la responsabilidad del intelectual en la sociedad. Demostrando siempre su espíritu democrático e igualitario, uno de sus conceptos fundamentales radica en que no se debe bajar el arte hasta el nivel del público, sino que hay que elevar al público hasta el nivel del arte (*Sobre artes* 13). Más aún, todos tienen derecho no sólo a disfrutar del buen arte producido por otros, sino a transformarse en verdaderos productores de la “alta cultura”:

La verdad es que ni la belleza ni el arte tienen la culpa de haber sido durante siglos monopolizados por las capas sociales que tenían fácil acceso a la cultura. Paralelamente con la liberación del suelo y del subsuelo, la revolución

tiende a acabar también con los latifundistas de la cultura, a restituir al pueblo su bien ganado derecho de frecuentar la belleza, de ascender al buen gusto, de producir su arte (*45 años* 40).

Eso implica que el intelectual debe evitar hacer lo contrario de aquella afirmación, es decir, el escritor no tiene que caer en la tentación de hacer un trabajo panfletario. En “La literatura como cata-pulta”, Benedetti señala:

Aun el más militante de los autores –como puede ser el caso de Bertolt Brecht– debe construir primero una estructura que tenga una validez artística, y sólo después de haber cumplido esa condición obligatoria, estará en condiciones de insuflarle un mensaje, una intención, y hasta una fuerza de persuasión determinada (*Sobre artes* 37).

Para comprender el universo ideológico benedettiano, es necesario tener claro el significado de la literatura comprometida, que no significa simplemente hacer política. Para el escritor, desde el punto de vista de Benedetti, la política es sólo una parte del compromiso:

En realidad, la integral vinculación del escritor con su época (política incluida) es más constructiva que una aislada vinculación del escritor con la política. Poner en la época el acento del compromiso, significa incrustar al intelectual en un alrededor que incluye aspectos sociales, económicos, políticos, religiosos, culturales, familiares, etc.; es decir, postula su mejor comunicación con el mundo. Poner el acento del compromiso exclusivamente en lo político, significa incrustar al intelectual en una zona parcial –y parcializada– de ese alrededor, y no siempre deriva en una mejor comunicación con el mundo (*Sobre artes* 40).

Es decir que Benedetti mantiene como punto central de su entendimiento sobre el significado del compromiso del escritor, el hecho de que éste siempre tiene que mantener su libertad de decisión, y no estar sujeto a una militancia partidaria. De manera que el compromiso del escritor implica “*proceder* frente a la realidad, *pronunciarse* frente a su época, pero siempre de acuerdo a su conciencia” (*Sobre artes* 42). O sea que el escritor nunca debe resignarse a que un partido elija por él. Sobre la responsabilidad y el compromiso del escritor, Benedetti enfatizó los siguientes puntos:

- (1) el escritor, *como individuo*, ya sea votando, dirigiendo, conspirando o prescindiendo, *inevitablemente se compromete* en política;
- (2) como escritor propiamente dicho, debería comprometerse con su realidad, con su tiempo, con su época, y asimismo *pronunciarse* frente al hecho político [...];
- (3) es importante que la obra del escritor sea vehículo de una opinión personal, o de una expresión de su conciencia social frente al hecho político; en cambio parece bastante más riesgoso para su libertad intelectual, que inscriba su quehacer literario en la línea de un partido determinado, ya que éste, aunque momentáneamente coincida con sus opiniones, puede imprevistamente cambiar su rumbo y aun su esencia ideológica (*Sobre artes* 43).

Es llamativo que en este siglo muchos intelectuales latinoamericanos hayan optado por una militancia abiertamente unida a un determinado partido político, coartando su propio juicio crítico sobre la realidad. El verdadero intelectual, el que realmente cumple con las expectativas de la sociedad, “no se hace mayores ilusiones acerca de su posible gravitación en el plano político. [...] Por lo común no tiene mayores ambiciones de poder. [...] Para el intelectual latinoamericano asumir la realidad es *experimentar la acuciante necesidad de cambiarla*” (*Los intelectuales* 135).

Aquella libertad, en la concepción *benedettiana*, está estrechamente relacionada con su ética. Desde sus primeros ensayos Benedetti destaca la pérdida de las tradiciones y los valores, la decadencia moral y el conformismo. Empeora esa situación la actitud de los intelectuales, que, de acuerdo al ensayista, están alienados en una atmósfera teórica, observando desde arriba. En *El país de la cola de paja*, Benedetti señala:

Entiendo que el semanario le está haciendo bien a la gente, dándole lucidez sobre los problemas nacionales y mundiales [...] Sería, tal vez más positivo para nuestro país y para América Latina, que fuera menos técnico, menos esclarecido, de intelectualidades no tan doctas, pero más apasionado, más comprometido, más sucio de barro humano (83).

Y siempre poniendo énfasis en la necesidad de mantener la absoluta libertad de decisión, Benedetti hace una advertencia a los intelectuales que reciben una beca o un premio de parte de una fundación norteamericana: “Aunque en el fondo de su conciencia siga creyendo en la causa de los pueblos, en rigor se verá inhibido de ha-

cer pública esa convicción, y las más de las veces se llamará a silencio” (*Notas* 20). También es necesario tener en cuenta cuál es la intención última de esas fundaciones:

Hoy por fin el intelectual ha de valerse por sí mismo, y si bien la función de mecenazgo económico/ideológico es cumplida en ciertos períodos y regiones por las grandes Fundaciones norteamericanas, éstas, con sus becas, premios, cargos, misiones, etc., en realidad aportan más dólares que respuestas estrictamente filosóficas, y más que estimular el ejercicio de la razón crítica buscan afanosamente la neutralización ideológica del intelectual (*Los intelectuales* 131).

Benedetti destaca la actitud valiosa de los intelectuales que rechazan esas tentaciones: “Es necesario destacar la actitud, que muchas veces permanece ignorada, de aquellos escritores que prefieren sus escaseces, su pobreza, su peregrinaje de frontera en frontera, antes que la humillante entrega al enemigo (o al amigo de su enemigo) de ese bien que salvaron del naufragio: el uso de la palabra” (*Notas* 23).

Precisamente la crítica que Benedetti hace al Uruguay y a su pueblo, la enfoca en el olvido del mismo sobre su pertenencia al continente con el que debiera estar hermanado:

La verdad es que Uruguay hace tiempo vive de espaldas a América. ¿Qué ha pasado en nuestro país? ¿Qué ha hecho posible en sólo sesenta años el retroceso que significa haber partido del *Ariel* de Rodó para arribar a los horribles, tendenciosos editoriales que consiguen premios Cabot en Norte América y atónita indignación en América Latina? (*El ejercicio* 106).

A medio siglo del emotivo llamado de Benedetti a comprometerse en un sentido profundo, y a mirar a una América Latina hermanada y solitaria, y a tomar conciencia del sentido de pertenencia que debieran experimentar todos los latinoamericanos, sus palabras resuenan con una necesidad imperiosa. Y un hecho desgarrador se produce en el Uruguay, que da vigencia al discurso de Benedetti y lo resignifica dándole carácter de necesario. Ya en pleno siglo XXI, el ex presidente Tabaré Vázquez declara, a manera de confesión, que cuando era el primer mandatario del Uruguay, debido al conflicto producido por la instalación de la planta de producción de pasta de celulosa Botnia en su país (perteneciente a la empresa financiera

UMP-Kimmene, y ubicada en aguas binacionales) consideró la posibilidad de entrar en guerra con la Argentina. Entrar en un conflicto bélico con una nación hermana es, de por sí, un hecho aberrante desde cualquier punto de vista. Pero lo que hace de este hecho deleznable algo aun peor es el que Tabaré Vázquez haya recurrido al gobierno de los Estados Unidos en apoyo para la eventual confrontación armada<sup>1</sup>.

La actitud de Vázquez demuestra que aun quienes forman parte de grupos considerados “progresistas” o de izquierda, pueden carecer de la necesaria conciencia social y del espíritu latinoamericanista que en la actualidad prevalece en gran parte de Sudamérica. Podría afirmarse que su compromiso superficial con la región se había dado a nivel de la política, pero no era un compromiso a nivel global como el que se proponía dentro de la conceptualización benedettiana. La ética propuesta desde el ensayo *El país de la cola de paja*, con un profundo sentido latinoamericanista, en donde lo ético y lo económico van ligados, nos hacen repudiar la conducta reprochable de Vázquez, y nos recuerda su antípoda en la creación de la UNASUR. Tanto el político como el intelectual tienen, para Benedetti, una responsabilidad insoslayable, como apunta en su ensayo *El ejercicio del criterio*:

El intelectual es simplemente uno de tantos, tal vez mejor entrenado para el raciocinio y la fantasía (a veces sólo para la cavilación) pero en definitiva alguien a quien acosan los mismos y similares dilemas, escrúpulos, ansiedades que al resto de sus próximos. La diferencia más visible, empero, reside en que las disyuntivas de intelectual, como las del político, toman estado público y afrontan el avispero de la controversia, en tanto que las del ciudadano corriente se refugian en la asepsia de lo privado (109).

Miriam Volpe compara el concepto benedettiano de la responsabilidad y el rol del intelectual con el de Edward Said, quien “propone una nueva condición para el intelectual: la del *outsider*, fuera de los dogmas, partidos, autoridades sociales sin afiliaciones y hasta desligado de la problemática de las nacionalidades. Su función sería la de perturbar el *status quo*, la de cuestionar los privilegios de clases,

---

<sup>1</sup> Sobre este tema puede consultarse el artículo de Robles y Sanguinetti, y el del periódico El Cronista.



razas y géneros, la de atestiguar y universalizar las crisis, la de asociar su experiencia a la de otros y dar mayor relieve humano al sufrimiento para que lo que sucede en un lugar no se repita en otro (*Geografías de exilio* 98).

A pesar de la fama de contemplador pasivo que el intelectual posee en comparación con el hombre de acción, Benedetti sostiene que el intelectual es casi por definición un inconforme, un crítico de su medio social, un testigo de implacable memoria (*Escritores* 38).

¿Cuáles son las razones por las cuales un intelectual debe asumir un compromiso con su sociedad? Benedetti responde que el compromiso sirve, entre otras cosas, para tender puentes al mundo, a la sociedad, y en definitiva al próximo prójimo (*El ejercicio* 127). Y apunta a la realidad de su tiempo:

El compromiso tiene hoy mala prensa, no está de moda, tal vez porque mira y examina la historia (tanto la que va como la que viene) y hay toda una elite intelectual (que incluye no sólo a escritores sino también a psicólogos, sociólogos, y comunicólogos) que ha decidido borrarla, desentenderse de ella. Aun ciertos personajes políticos, que debieran ser los comprometidos por antonomasia, si bien se exhiben como alternativa de futuro, recomiendan tachar el pasado, esa indiscreta franja que a menudo revela deslealtades o sencillamente falta de principios. No son amnésicos ni olvidadizos, sino conscientes, deliberados olvidadores (127).

De manera que no hemos llegado al fin de la historia, sino que ésta sigue en movimiento, como dijera Benedetti. Pero siempre habrá quienes deseen olvidarla (tachar el pasado), ya sea individuos de la oligarquía terrateniente que invariablemente intentarán que nadie recuerde cómo han obtenido sus tierras, como los que participaron o colaboraron con las muchas dictaduras militares en América Latina. Ambos grupos querrán mirar el futuro y seguirán siendo “deliberados olvidadores”. Pero lo más triste, para el ensayista uruguayo, será el apoyo constante de los intelectuales que actúen como colaboradores de dichos grupos.

El compromiso con la sociedad debe hacer que el intelectual recuerde el pasado, pero también se concentre en una realidad del presente, una realidad que “hoy empuja, ciñe, machaca, y si ingenuamente le cerramos la puerta, no tiene inconveniente en entrar por la ventana” (128).

Valiéndose de la metáfora de la realidad que entra por la ventana, Benedetti cita a Arthur Koestler, quien concentraba en la famosa ventana tres tipos de tentaciones: a) cerrarla; b) abrirla completamente y caer en la fascinación de los sucesos de la calle, y c) tenerla sólo entreabierta, con las cortinas dispuestas de tal modo que brindaran sólo una sección limitada del mundo exterior (*El ejercicio* 128).

Benedetti llama la atención de los intelectuales al diferenciar claramente entre arte comprometido y arte militante. El comprometido es esencialmente generoso, solidario con el semejante y respetuoso del distinto. Lo opone al socialismo real, dentro de la óptica estalinista, que se convirtió en el realismo socialista. Y apunta su crítica al intelectual que basa su compromiso en la identificación con un partido político determinado. Es ese intelectual el que produce una literatura panfletaria que, con el arte panfletario en general “son encasillamientos destinados inevitablemente a anquilosarse, a volverse inválidos, a acabar como simple material inerte para futuros taxidermistas” (*El ejercicio* 129).

Para Benedetti, la única literatura de tema político que sobrevive y continúa transmitiendo su mensaje, es aquella en que la prioridad primera fue desde el inicio la literaria. Será por eso que la obra literaria de Benedetti ha pervivido más allá de su existencia. Así como también puede aplicársele su definición misma de lo que considera un intelectual comprometido con su realidad: “alguien que es fiel a una realidad política y social, pero que no deja de ponerla en duda. Claro está que puede presentarse una contradicción entre su fidelidad y su duda; pero esto es algo positivo, es una contradicción fructífera. Si hay fidelidad pero no hay duda, la cosa no va bien: se deja de ser un hombre libre” (*El ejercicio* 130). Dentro de esta concepción el intelectual debe cuestionarlo todo, siempre con una actitud humilde, y nunca desde la certeza, sino también desde la inseguridad y desde la incertidumbre. Más aun, “el intelectual debe ser la conciencia vigilante dentro de la revolución; debe ser su crítico”, como señalara Benedetti en su ponencia “Sobre las relaciones entre el hombre de acción y el intelectual” (de 1967), lo que según Gabriel Glasman no resultaba demasiado bien visto por aquellos sectores que subrayan la necesidad de una crítica sólo desde “adentro de la revolución” (96).

La década de los años 90 trajo para la región latinoamericana (y occidente en general) una ola de políticas neoliberales que causó un espejismo de bonanza en gran parte de la clase media. Sin embargo, esas mismas políticas de fronteras abiertas y privatizaciones, habrían de traer aparejadas más hambre y caos social. Benedetti supo ver con su ojo crítico ese presente y vislumbrar con agudeza el futuro:

Ahora que el capitalismo es hegemónico y buena parte de los socialistas europeos recurren a urgentes maquillajes que les brinden arreboles capitalistas y mascarillas neoliberales, ¿quién o quiénes quedan para aliviar las infamantes miserias del mundo pobre, el escarnio de cuarenta mil niños que diariamente mueren de hambre, el premeditado aniquilamiento ecológico, el escándalo de la Deuda Externa? (131).

Y acto seguido se pregunta: “¿Puede el intelectual, dada su capacidad de raciocinio y su implícito deber de reflexión, sumarse a esa compacta indiferencia, a ese descarado compromiso con el dinero y su expansión salvaje?” (131) Se ha producido el fracaso del capitalismo en el Tercer Mundo, afirma Benedetti, que no ha podido dignificar el nivel de vida y de muerte de tres cuartas partes de la humanidad.

A pesar de la actitud crítica hacia el sistema capitalista y los intelectuales que permanecen indiferentes respecto de la realidad social, Benedetti concibe una actitud ciertamente optimista. Su posición es positiva en relación con el compromiso como uno de los últimos enclaves de la solidaridad; un compromiso que hay que defender. Y su optimismo deviene de una nueva realidad que paulatinamente va tomando forma en Sudamérica. Como ejemplos pone la destitución del presidente Collor de Mello en Brasil (en 1992), y la aplastante derrota del oficialismo en el referéndum sobre privatizaciones en Uruguay (72% contra 28%).

Frente al hombre de acción, afirma Benedetti, el intelectual tiene una vergonzante fama de contemplador pasivo, de ente estático; sin embargo, el intelectual es un ser inconforme, un crítico de su medio social, un testigo de implacable memoria (*45 años* 37). Para la revolución es fundamental que esa capacidad de intelección que antes estaba limitada al esfuerzo aislado, individual, solitario, del intelectual, se convierta cuanto antes en un patrimonio colectivo. El hombre de acción revolucionario debe comprender, por lo tanto, que el

aporte intelectual es indispensable a la revolución (39). Los intelectuales revolucionarios, aunque sigan las más diversas orientaciones estéticas y usen los más disímiles instrumentos de trabajo, están sin embargo unidos por su calidad de revolucionarios, y esa calidad tiene su raíz en una acción, hayan o no participado en la misma (40).

Como modelo de hombre de acción y de intelectual, Benedetti elige a la figura del Che Guevara. Su pensamiento, que continúa vivo, debe llevar a todos los hombres (incluido el intelectual) a sentirse estimulado y no menospreciado en la función que realiza, en el ejercicio de su vocación, y en la dignidad de su trabajo. Benedetti señala: “Creo que la búsqueda de la verdad fue en el Che una pasión tan avasallante como la conquista de la justicia. Por eso estimo que el mejor homenaje que nuestra América puede rendirle es seguir conquistando esta justicia pero también buscando aquella verdad” (45 años 41).

Según Benedetti, la función del intelectual, en su tarea relacionada con la revolución, debe estar dirigida a hacer que el pueblo se familiarice con la terminología revolucionaria, que le pierda el miedo adquirido a través de los medios de comunicación capitalistas. Esa acción va a ser fundamental para que el hombre de acción encuentre el apoyo popular necesario para decidir la suerte de la revolución. En la estrecha relación entre el hombre de acción y el intelectual es que Benedetti encuentra el camino al éxito: “El hombre de acción debe ser el *abrecaminos* del intelectual, y viceversa. O sea que, en el aspecto dinámico de la revolución, el hombre de acción sea una vanguardia para el intelectual, y en el plano del arte, del pensamiento, de la investigación científica, el intelectual sea una vanguardia para el hombre de acción” (45 años 45).

Así como Benedetti sostenía la necesidad del intelectual de ser completamente libre y de defender los derechos de los más necesitados, defendió la libertad de los pueblos latinoamericanos desde una perspectiva fundamentalmente antiimperialista. La invasión estadounidense de Panamá tuvo un espacio sobresaliente en su libro *Perplejidades de fin de siglo*, destacando la decisión de Estados Unidos de no respetar las resoluciones de la Organización de Estados Americanos ni de la Organización de las Naciones Unidas. Ambas organizaciones, señala Benedetti, “Deploraron la invasión e instaron al inmediato retiro de las tropas norteamericanas. El Departamento de

Estado se pasó ambas resoluciones por el Canal. Sencillamente, ridiculizó a esos organismos internacionales y dejó bien sentado que le importan un bledo” (41).

Contra esa actitud imperialista, Benedetti propone: “Habrá que bregar para que [...] *vuelva a existir la historia* y no nos avergüence llamar a los pueblos por su solidaridad y al imperialismo por su nombre” (42). Pero también es consciente el escritor uruguayo de que el imperialismo no es el único problema que aqueja a la humanidad; la imposición de un sistema neoliberal que ha recorrido las venas abiertas de América Latina se afirma con la “vertiginosa derechización del mundo [que] ha confiscado las verosímiles expectativas de buena parte de sus habitantes” (46). Sin embargo, la esperanza no se ha perdido, pues

En este mundo diseñado, medido, organizado y fichado por la informática, la propuesta de liberación no está irremediablemente condenada. No olvidemos que una computadora es un instrumento. Ni conservador ni progresista: sólo un instrumento. Y si el dominador puede insertar en el disco *durísimo* todo un programa de dependencia y explotación, siempre nos quedará el recurso, nada frívolo por cierto, de contaminarlo (y desconcertarlo) con un *virus* liberador (47).

Luego de las dictaduras militares que azolaron las repúblicas sudamericanas, la democracia trajo aparejada la consolidación de un sistema neoliberal que se profundizaría en la década de los años 90. Ese sistema, implementado como estrategia del capital financiero transnacional, y cuyo fin era apropiarse de la riqueza del mundo, tuvo como método de acción fundamental el promover la política de fronteras abiertas y de privatización de las empresas estatales. Esto no hizo otra cosa que acentuar los niveles de injusticia, eliminando al máximo posible los programas de asistencia social, imponiendo duros ajustes económicos y dando lugar a una generalizada ola de corrupción<sup>2</sup>.

Pero lo que ocurre en esa área es sólo un reflejo de lo que sucede en el planeta. La vertiginosa derechización del mundo, observa Benedetti, genera estupor, y el estupor inhibe la equilibrada reflexión

---

<sup>2</sup> Sobre este tema consultar el trabajo de Jorge Zicollilo *Neoliberalismo y corrupción*.

(*Perplejidades* 49). Con el fin de las utopías y el triunfo del capitalismo, no se puede predecir nada bueno para el futuro:

Porque si el capitalismo (empezando por su máxima expresión: los Estados Unidos), cuando se le oponía un poder verosímil y compensatorio, como el de la URSS, llevó a cabo expoliaciones, invasiones, bloqueos económicos y otros ultrajes, ¿qué no hará cuando, a corto plazo, según todas las proyecciones y profecías, disponga del poder hegemónico en el transformado mundo de fin de siglo? [...] Nadie se atreve a predecir la desaparición de la OTAN (49).

Y luego de señalar el apoyo que Estados Unidos ha dado a las dictaduras militares, Benedetti describe las bondades del mercado libre y, en general, del *capitalismo real*: infamantes cinturones de pobreza, índices escalofriantes de mortalidad infantil, analfabetismo, desastres ecológicos, desarrollo incontenible de la drogadicción y el narcotráfico [...], aumento espectacular de la delincuencia, desocupación masiva, etc. (51). Como contraste, Benedetti se pregunta: “¿Quién puede discutir que las arduas conquistas de los trabajadores, en todo el mundo, se deben en buena parte a la ideología y el impulso del marxismo?” (51-52)

En el centro de las ideas benedettianas se halla la necesidad de seguir creyendo en las utopías, pues una generación sin utopías estará siempre atascada e inmóvil: “La utopía no comulga con la religión del dinero, con la mezquindad, ya que es, en esencia, una señal inequívocamente solidaria, y en sus cultores más conspicuos (digamos: Jesús, Marx, Freud) ha tendido a crear mejores condiciones para el hombre y su breve, condenada vida” (53).

El peligro del imperialismo con respecto a América Latina, desde la concepción del autor uruguayo, ya no estará limitado a un ataque de tipo militar, sino que la intervención se hará a nivel económico: a través de la deuda externa, el FMI y el Banco Mundial, “o sea, el imperialismo de la miseria” (54). En su artículo “América Latina en este mundo”, puntualiza el poder de ambas organizaciones:

Hoy por hoy, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial tienen en cada país de América Latina un poder considerablemente mayor que cualquier gobierno de la zona. El FMI ordena y los aquiescentes mandatarios acatan, sin violentarse demasiado, ya que los destinatarios de las implacables medidas son siempre las capas más desvalidas de la sociedad, los

objetivos de la Banca internacional y del FMI suelen coincidir con los intereses de los sectores acaudalados de cada país, de modo que allí no hay colisión ideológica sino idilio financiero (20).

La dependencia de América Latina con respecto a los Estados Unidos, y la consecuente intervención militar o económica, no es el único problema geopolítico que tiene la región. En varios de sus artículos Benedetti señala la conflictiva relación que Latinoamérica ha tenido y sigue teniendo con Europa en general, y especialmente con España. Por ejemplo, en el ensayo “América Latina en este mundo” Benedetti destaca el hecho de que

si para Estados Unidos [...] América Latina fue (y de algún modo sigue siendo) su patio trasero, para el viejo continente, en los últimos cincuenta años, no fue ni siquiera una extensión subsidiaria de Europa sino la franja subalterna de un poder exterior, EEUU, tremendamente influyente a escala internacional (19).

Es precisamente la dependencia de Latinoamérica de la superpotencia que, en la visión de Benedetti, ha hecho que Europa haya adoptado una actitud que no moleste a los Estados Unidos. Y de esa manera, su concentración no estuvo en los problemas ni necesidades de la región sino más bien en cosas superficiales o notas de color:

De ahí que, para no molestar al gigante nunca dormido, la lupa de París o de Londres prefiera posarse sobre el sabroso carnaval de Río antes que sobre la deuda externa; sobre el régimen de partido único vigente en Cuba antes que sobre los casi 90 años de ocupación norteamericana de Guantánamo; sobre los cambios de peinado del presidente Menem antes que sobre la sistemática destrucción ecológica de la Amazonía (20).

A la Comunidad Europea (CE), dice Benedetti, le interesa poco y nada el desarrollo intrínseco de esos países tan inermes como dependientes. Pero lo que más parece dolerle al escritor es la falta de solidaridad de España hacia América Latina. En el ensayo “América por descubrir”, destaca el hecho de que los 500 años desde el “comienzo de su Imperio [...] no merecen que los hispanoamericanos acompañemos a España en tal celebración. No debe olvidarse lo que aquella larga primera etapa de colonización representó en cuan-

to destrucción de las culturas precolombinas” (13). Pero lo que más se debe destacar es la situación actual, que no parece haber cambiado mucho a pesar del paso del tiempo. Para Benedetti, “España no estará en condiciones de valorar y apreciar la vida, el ánimo y las circunstancias de sus ex colonias mientras sus intereses económicos, militares, etc., pro-norteamericanos tengan más peso que su solidaridad efectiva con la América Hispánica” (18).

Por supuesto que al hablar de colonialismo no se debe dejar de recordar el enclave colonialista de Gran Bretaña en las Islas Malvinas, y su negativa a iniciar el diálogo sobre la soberanía con Argentina. El colonialismo sigue vigente en América Latina en la actualidad, lo que reactualiza los conceptos que sobre el mismo vertiera el escritor uruguayo.

De acuerdo con Benedetti, la situación lamentable de crisis generalizada en Estados Unidos y en Europa, debe hacernos pensar que América Latina tiene que encontrar su camino mirándose a sí misma. Caracteriza al capitalismo como el sistema que ha traído al mundo los males más terribles de la historia contemporánea de la humanidad: “La espina dorsal del capitalismo [...] es la explotación de las grandes mayorías por pequeñas minorías *decidoras*”.

Y agrega:

Sin olvidar la cuota de irresponsabilidad que cabe a los gobernantes de países tan dependientes como los nuestros, es obvio que las implacables normas del capitalismo y sus factores económicos, su decisiva intervención y capacidad en super-organismos de solo “fachada” internacional, son por lo menos cómplices y casi patrocinadores de lacras y anomalías como el analfabetismo, los brotes epidémicos, el creciente desempleo, la desigualdad social, la agresión ecológica, la crisis de la vivienda, el descenso del poder adquisitivo, el deterioro cultural, la pérdida de soberanía, la humillante atención de la salud pública (“América Latina en este mundo” 25-26).

Benedetti contrasta la situación de Cuba en el área de la salud, “que ha logrado los mejores resultados de todo el subcontinente y en más de un aspecto ha igualado y hasta superado los índices de Estados Unidos” (26).

Relacionándolo con el tema del imperialismo, Benedetti critica también los medios de comunicación latinoamericanos que adque-



ren las series estadounidenses que constituyen una verdadera escuela de odio, discriminación y crimen, y

en las que siempre triunfan los *buenos*, o sea los marines norteamericanos, el FBI, la CIA y otros representantes del *american way of death*. Tampoco conviene olvidar que cuando aparece un personaje latinoamericano, éste es por lo general un haragán, un corrupto, un sucio, un glotón, un delator. Esa es la imagen que nos quieren vender de nosotros mismos... (*Notas* 39-40).

En suma, las imágenes que transmiten los medios de comunicación en América Latina no se corresponden con la realidad de la región, sino que reflejan un estilo de vida que más tiene que ver con la vida de la sociedad norteamericana. Y al mostrar una sociedad en la que abundan los imponentes automóviles, fabulosos casinos, mansiones con piscinas y yates lujosos, se corre el riesgo de confundir su estilo de vida con otro que ni siquiera es el de otro poderoso país en su conjunto, sino apenas el de un privilegiado sector del mismo (*Notas* 47). Aun la celebración de los Reyes Magos, que prevalecía en América Latina, ha cedido en importancia ante el festejo de “la variante anglosajona –del Papá Noel– Santa Claus; y [...] el misterio de la noche de Reyes es siempre más estimulante que la empalagosa cursilería de los *jinglebells*” (*Notas* 49). Eso constituye, desde la óptica benedettiana, un nuevo intento de sustituir los hábitos de los pueblos latinoamericanos por otros modelos de la cultura norteamericana; es decir, una nueva tentativa de penetración cultural para fomentar la relación de dominio-dependencia.

Benedetti plantea que tanto la publicidad comercial como la política pueden ser igualmente engañosas, distorsionando la realidad con el objetivo de imponer sus fines. Ambas cosas pueden ser muy claras para cualquiera. Sin embargo, plantea, lo que no se ve con la misma claridad es que en la propaganda aparentemente comercial hay asimismo propuestas políticas:

Curiosamente, no son meras incitaciones, desconectadas unas de otras, sino que están sólidamente unidas por una misma concepción. No proponen un programa ni un ideario ni un sistema políticos; más bien proponen un mundo, pero ese mundo sí oficia de denominador común en la mayoría de los avisos que aparentemente sólo exaltan las supuestas bondades de un producto comercial (*Notas* 54).

Y agrega que, aunque la propaganda va dirigida a todas las clases, el producto que motiva cada aviso siempre aparece rodeado por un solo contorno: el de la clase alta. Como paradigma que la sociedad capitalista propone se muestra al hombre que “es un colmo de subjetivismo, de insensibilidad social, de egoísmo, de frivolidad, es el modelo que el consumismo nos exhibe” (57). Para Benedetti, esa publicidad intenta convencer a la gente de clase media (“estrato básico de las grandes ciudades de América Latina”) de que aquel modelo de hombre representa la clase *superior*, la que indefectiblemente tiene el poder, la que en definitiva *decide* (57). Esa es una de las funciones que cumplen los medios de comunicación dentro del capitalismo; es importante que el pueblo tome conciencia de eso: “El día en que llegemos a comprender que la propaganda comercial, además de incitarnos a adquirir un producto, también nos está vendiendo una ideología, ese día quizá pasemos de la dependencia a la desconfianza. Y ésta, como se sabe, es un primer paso hacia la independencia” (58).

Así como los programas televisivos y la publicidad pueden fomentar esa dependencia, de igual manera la música, y en especial la canción, si tiene ciertas características puede tener el mismo efecto nocivo.

Benedetti diferencia entre la canción simplista, cuyo fin primordial es el comercial, de la canción creada de manera verdaderamente artística. El primer tipo de canción tiene “una acción en los jóvenes que quiere ser la de una droga o un alucinógeno” (*Notas* 65). “¿No será que los hacedores de *hits* –se pregunta Benedetti– prefieren el éxito que va ligado a una función mediatizadora, paralizante, diversiva, anestésica y fraudulenta?” (*Notas* 65). Y todo esto se inscribe dentro de una intencionalidad política:

No es improbable que en los planes de los expertos en penetración cultural y neutralización de los jóvenes, las anestésicas canciones del amor abstracto y asocial estén destinadas a ir formando esa “mayoría silenciosa” (término acuñado por los asesores de Richard Watergate Nixon), suerte de robot colectivo que no se preocupa por el napalm, ni la picana eléctrica, ni los aviones de pasajeros que hace estallar la CIA (66).

Definitivamente existe una gran diferencia entre las canciones que son verdaderas creaciones poéticas, algunas de las cuales refle-

jan (aunque no necesariamente) la realidad social, contrapuestas a las que responden a “primitivos esquemas” o son meros panfletos, y que funcionan como un “formidable factor de alienación”:

Sólo cuando una canción existe como tal antes que como instrumento crudamente ideológico (o sea cuando cumple primero las leyes de la canción, y sólo después las del mensaje), sólo entonces pasa a ser una ventana abierta, algunas veces hacia el pasado aleccionante, y otras hacia un futuro que queremos ganar (*Notas* 68).

Es importante destacar que esos medios de comunicación que critica Benedetti, y los elementos que transmiten (programas de televisión, publicidades, canciones, etc.) están unidos en grandes conglomerados. Es por eso que se produce una ardua lucha que, en la actualidad, los gobiernos progresistas de América Latina deben hacer contra las grandes corporaciones mediáticas, en busca de abrir camino a medios que surjan de las comunidades mismas.

Finalmente, y a manera de conclusión, destacaré el optimismo que se desprende de los ensayos de Benedetti. A pesar del imperalismo (que se resiste a desaparecer), del neoliberalismo (que a veces domina y otras se infiltra en sistemas políticos mixtos), de las corporaciones mediáticas que siempre conspiran contra la verdad, y a pesar de la ola pesimista que surge de una realidad de pobreza prevalente en América Latina, hay motivos para ser optimistas. En “Los intelectuales y la embriaguez del pesimismo” del libro *Cultura entre dos fuegos* (1986), Benedetti señala:

Pocas veces, como en estos tiempos, la cultura se ha visto sacudida por una tan devastadora corriente de pesimismo. Hoy la embriaguez es de pesimismo, y si en más de un ciudadano común ese estado de ánimo puede traducirse en escepticismo, indiferencia, insolidaridad, frívola asunción de la vida, en el intelectual esa crisis es más grave, tal vez porque su cometido es en buena parte la elaboración y transmisión de ideas; por eso no puede menos que asomarse cuando el mundo se las devuelve sin aquiescencia, sin negación y sin remiendos, o sea virtualmente sin uso (127).

Esa crisis de pesimismo se entiende cuando, luego de la larga noche negra producida por las dictaduras militares en América Latina (que en Sudamérica se extendió por espacio de largos años), la democracia no trajo nada bueno; por el contrario, el neoliberalismo

que se extendió por toda la región llevó hambre, destrucción y niveles de pobreza nunca antes vistos. Sin embargo, aclara Benedetti, “En América Latina el pesimismo del escritor o del artista es quizá menos existencial y más de coyuntura. Proviene sobre todo de la sensación de integrar una comunidad económica y socialmente acorralada” (133). Además,

La monstruosa deuda exterior, por ejemplo, es una suerte de gran portalón que cancela todo acceso a un futuro digno, y aún no se ha fabricado el hacha unánime capaz de derribarlo. Las dictaduras militares, tanto las aún vigente como las recientemente inmovilizadas, pasaron por esas sociedades como un trágico *bulldozer*, desbaratando conquistas sociales y culturales que había llevado más de medio siglo construir y consolidar (133-134).

Es decir, que existen sobrados motivos para ser pesimistas. Sin embargo, es precisamente el hondo vacío que han dejado las dictaduras y el neoliberalismo lo que moviliza tanto a las masas como a los intelectuales a manifestar sus críticas y luchar por un mejor futuro:

El intelectual europeo puede aún embriagarse con el pesimismo, ya que en verdad tiene mucho que conservar (en devoción comunitaria, en retribución profesional, en espacio adquirido) y también que perder; pero el intelectual del Tercer Mundo puede aún permitirse el pobre lujo del optimismo, aunque más no sea porque le queda aún mucho por alcanzar. Es la vieja ley de las compensaciones: el pesimismo es, en cierta manera, una actitud conservadora, autodefensiva, destinada a resguardar lo que ya se tiene; mientras que el optimismo es el gesto primario destinado a alcanzar aquello de que se carece (139-140).

Los cambios que se produjeron en las últimas décadas, especialmente en América del Sur, en donde lentamente se han ido obteniendo concretas conquistas sociales inscritas en una conceptualización de raigambre socialista, dan lugar a que dicho optimismo se expanda. Es así como puede ser entendida la ensayística de Mario Benedetti: “como una crítica a una modernidad capitalista que resulta enajenante y como una búsqueda de una modernidad socialista que pueda ofrecer mayor plenitud” (Castro Urioste 65).

La realidad ha ido confirmando los conceptos auspiciosos de Benedetti. Una realidad fragmentada que el escritor uruguayo ha di-

bujado con un estilo espontáneo, pero con una conceptualización consistente, comprometida con Latinoamérica, y con inigualable empatía.

## BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, T.W. “El ensayo como forma”. *Notas de Literatura*. Barcelona: Ariel, 1962.
- Arenas Cruz, María Elena. *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto ensayístico*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1997.
- Aullón de Haro, Pedro. *Teoría del ensayo*. Madrid: Editorial Verbum, 1992.
- Benedetti, Mario. *Algunas formas subsidiarias de la penetración cultural*. México, DF: Ediciones Tierra Adentro, 1979.
- . “América Latina en este mundo”. En *La izquierda: visión desde distintos continentes*. Barcelona: Hogar del libro, S.A., 1993. 18-27.
- . “La América por descubrir”. *Nuestra América frente al V centenario: Emancipación e Identidad de América Latina (1492-1992)*. México, DF: Grupo Editorial Planeta, 1989. 13-18.
- . “Los intelectuales y la embriaguez del pesimismo”. En *Cultura entre dos fuegos*. Montevideo: Universidad de la República, 1986. 127-140.
- . *El ejercicio del criterio*. Buenos Aires: Compañía Editora Espasa Calpe, 1996.
- . *El escritor latinoamericano y la revolución posible*. Buenos Aires: Editorial Alfa Argentina, 1974.
- . “Escritores, literatura y sociedad (1968)”. En *45 años de ensayos críticos*. Montevideo: Cal y canto, 1993. 37-45.
- . *Notas sobre algunas formas subsidiarias de la penetración cultural*. México, DF: Ediciones Tierra Adentro, 1979.
- . *Perplejidades de fin de siglo*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2000.
- . *Sobre artes y oficios*. Montevideo: Editorial Alfa, 1968.
- Castro Urioste, José. *De Doña Bárbara al neoliberalismo: escritura y modernidad en América Latina*. Cali: Universidad del Valle, 2007.
- Cunha-Giabbai, Gloria da. *Mario Benedetti y la nación posible*. Murcia: Universidad de Alicante, 2001.
- “El gobierno minimiza la revelación de Tabaré Vázquez sobre su hipótesis de guerra por Botnia”. *El Cronista*. Buenos Aires, 13-10-2011.
- Glasman, Gabriel. *En pocas palabras... Mario Benedetti. La coherencia de un creador*. Buenos Aires: Capital Intelectual, S.A., 2008.
- Marichal, Juan. *La voluntad del estilo*. Madrid: Editorial Revista de Occidente, S.A., 1971.
- Robles, José, y Mariana Sanguinetti. “Conflicto entre Argentina y Uruguay por la instalación de dos plantas de celulosas sobre el río Uruguay”. <http://www.iade.org.ar/modules/noticias/article.php?storyid=353>

Volpe, Miriam L. *Geografías de exilio: Mario Benedetti*. Montevideo: Ediciones La Gotera, 2004.

Zicolillo, Jorge. *Neoliberalismo y corrupción. Los 90: La década infame de América Latina*. México, DF: Editorial Lectorum, S.A., 2010.